

BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BRAE TOMO XCIV – CUADERNO CCCX – JULIO-DICIEMBRE DE 2014
Edición facsímil conmemorativa del I centenario del BRAE

«ENCUENTRO» SOBRE RUBÉN DARÍO
de Vicente Aleixandre

Artículo aparecido en
BRAE TOMO XLVII – CUADERNO CLXXX – ENERO-ABRIL DE 1967

«Encuentro» sobre Rubén Darío

Señores Académicos:

No es una semblanza personal de Rubén Darío lo que yo intentaría para ustedes esta tarde en que evocamos su gran figura desaparecida. Es quizá, más modestamente, lo que alguna vez el que ahora les habla ha denominado un "encuentro". Pero un "encuentro" es algo así como la aproximación a la persona basándose en el recuerdo de la presencia. De esta intersección física puede acaso brotar una sensación viva, un reflejo de lo tocado, con el inconfundible latir de una figura que pasa y que mágicamente deja algo de sí cuando un instante se cruza con nuestras vidas. Pero yo no conocí a Rubén Darío. Osadía es aspirar a un "encuentro" escrito de quien no vimos, de quien no pudimos sentir ese halo corporal en que el espíritu trasciende y como que nos impregna y nos modifica. Si el cuerpo en cierto sentido es también el alma, o, si lo preferimos, su símbolo, el que les habla no tentó sino una sombra, y de ella me valgo para este pequeño "encuentro", si sirve la palabra, que esta tarde intento ante la benévola atención de ustedes. No conocí a Rubén, pero me refiero a su sombra, mejor dicho a su penumbra, es decir, a tres retratos suyos que hube de ver y que me permito evocar, de tres épocas de su vida. Y por ser "encuentro", están contemplados en el instante respectivo en que los levanté en mi mano, en ese momento de intimidad y asombro en que el trasun-

to de la figura pasa, mucho más que como bulto, como sonido, mientras se pierde suavemente en la lejanía.

El "encuentro" se llamaría "Tres retratos de Rubén Darío" y con un verso del poeta al frente de cada una de las tres breves partes, comenzaría de este modo:

I

Todo ansia, todo ardor, sensación pura.

R. D.

Enrique Fe se llamaba aquel muchacho, compañero mío en el colegio madrileño de la Carrera de San Jerónimo. "Colegio Teresiano", que hace muchos años dejó de existir. La casa, que, ésa sí, dura fuertemente, hacía esquina a la calle Ventura de la Vega, y en su piso principal se desplegaba, dominante, sobre la balconada, un enorme letrero: HOTEL DE RUSIA. También hoy desaparecido. Enrique me había prometido llevarme a la librería de su padre. El famoso librero Fernando Fe había tratado a todos los literatos del fin de siglo, luego a los jóvenes de la centuria que comenzaba, y conservaba, según su hijo, una colección de retratos de los más conocidos escritores de la época. Enrique Fe ya no vive, murió muy joven, pero aún le veo en la trastienda de su librería, enseñándome con orgullo, en aquella tibia tarde de marzo, unos cuantos retratos, que yo contemplaba con inmenso respeto. A mis dieciséis años, lector ya casi empedernido, aquella invitación de Enrique colmaba uno de mis vehementes deseos. Allí estaba don Pedro Antonio de Alarcón, grueso, deshecho, de calva reluciente, ópimo bigote y generosa barba; sobreviviente de sí mismo, mudo ya para la literatura, en sus últimos años. Este otro era una larga perilla, unos lentes de oro, una cresta gris: don José María de Pereda. "Mira ésta". La opulenta doña Emilia, "la Pardo Bazán", desbordaba de su corpiño como una hortensia marchita. Flor mustia pero rebosante, sin aroma pero corpulenta, y sus ojos nos miraban sin ver como dos pétalos inexpressivos. "¡Galdós!" El nombre lo decía todo, y yo me inclinaba sobre la cara madura pero firme, todavía lejos de la misericordia de su rostro último. Alta la frente, seguro el trazo de su

bigote gris y debajo la boca, desmentida o confirmada por unos ojos puros. Pasaron algunas efigies más. Ahora de una generación posterior. Benavente, agudísimo, y no tan sólo por las guías de sus bigotes. Valle-Inclán, todavía con un apéndice más redondo y frondoso que las posteriores barbas de chivo. Azorín, ancha la cara, atónita, con una leve indiferencia en sus ojos, de vuelta de sus pormenorizaciones. Pasaron algunas fotos más y llegó la última. "Mira. ¿Le conoces?" Era un hombre todavía joven. Todo en él resultaba saludable. Recuerdo aquel cuerpo que habría que llamar arrogante; sobre el pecho el chaleco cerrado y sobre los hombros el cuello seguro, ceñido por la "pajarita" rígida, de la que surtía una corbata de "plastron" que se derramase. Aquella figura poderosa parecía empaquetada en la tela o prisión que la desafiaba. En un esfuerzo supremo de ruptura, lo que sobresalía, lo que irrumpía, por arriba, como una liberación, era la cabeza. Allí estaba, como si acabase de aparecer, y qué macizamente, en una acumulación de materia ruda. La testa, si se la miraba despacio, parecía sacada a escoplo de un trozo violento de piedra. Tal era la preeminencia de su volumen. La mandíbula, más, se recortaba abarcadora, y se adelantaba en la boca, gruesa y vasta, y cansada. Encima la nariz, como la de algunos ídolos de otras civilizaciones, era sólo una avidez dominante. Ancha, furiosa habría que decir, y el mundo, todo él, una inminencia para su sentido. La evidencia de aquella cara, toda ella escultura casi titánida, hacía sombra sólo, desde el arco ciliar, sobre los ojos oscuros. ¡Qué sorpresa de pronto! La seguridad, la gallardía, la piedra misma en que se expresasen, se interrumpían de súbito por una luz diferente. Eran los ojos, grandes, piadosos, enormemente tristes, que lucían al fondo. Miré una fecha escrita: 1908. El muchacho aquel que veía el retrato no conocía a quien nos contemplaba de frente; pero recuerdo aquella mirada que el joven lanzó sobre el cabello completo, sobre la frente blanca, sobre aquella luna grande que daba un resplandor perceptible. En su pecho sintió algo como una plenitud intuida, la primera sensación junto a una fuerza natural, en presencia, que se reconocía y que no se podía definir. Todavía veo el dedo de Enrique Fe, el otro muchacho que murió joven, señalando con alegría: "¿Ves? Es Rubén Darío".

II

Bajo el nicaragüense sol de encendidos oros.

R. D.

Uno o dos años después, el mismo mozo cursaba estudios en la Escuela de Comercio de Madrid. En la calle de Carretas, según se sube de la Puerta del Sol, había un teatrillo de variedades, Teatro Romea, y encima, en el piso superior, estaba el centro de enseñanza. ¡Cuántas veces dábamos clase a los compases del cuplé de moda! “La Tarántula es un bicho muy malo, / que se mata sin piedra ni palo.” La música sonaba lejana, animando la “letra” de los catedráticos. Como un tango, las lecciones de “Mercaderías”; un pasodoble hacía jacarandosa el “Álgebra superior”. En los ejercicios escritos no se oía el vuelo de una mosca... pero sí el taconeo de las artistas. ¡Inolvidable carrera de Comercio, cursada toda ella al son de la música y de las castañuelas! En una callecita adonde daba la puerta trasera del edificio, pegada a ella, había una librería de viejo siempre silenciosa. Era una rinconada al aire libre. En octubre de 1917 yo había regresado de Las Navas del Marqués. Rubén Darío había sido para mí, aquel mismo verano, el revelador de la poesía. A la librería yo me asomaba todas las tardes. Este volumen, en aquella tabla, era “Los Pueblos” de Azorín; encima, un tomito en rojo, “La de Bringas”. En un estante más allá, de pronto, un tejuelo de Rubén Darío. Yo no conocía del poeta más que la “Antología” recogida por Andrés González Blanco, y de súbito, allí, evidente, resplandeciente, un libro deslumbrador, completo: “El canto errante”. Recuerdo que pregunté su precio: 2,50. Tanteé mi bolsillo. Todavía estoy viendo la cubierta color crema, sus letras ocre y una viñeta en el centro: el perfil de Apolo, con su aureola de rayos iluminadores. Los mismos que a mí me cegaban y me hacían contar mal las monedas, rescatar el volumen, dar por concluidas las clases en aquella tarde y tomar un tranvía para llegar con el tesoro a mi casa. La escalera de Serrano, 98, y mi cuarto. El viejo buró que fue de mi abuelo, y allí, sobre la gutapercha negra, abierto el libro, claro, dispuesto, benevolente, entregado. El muchacho repasaba las hojas, veloz de pronto, de pronto despaciosísimo.

Ardiente en su voracidad, o bien infinitamente tranquilo en la posesión. Qué paz y qué guerra aquel libro desafiador, apacientador, enigmático o comunicado, desde su prometida lectura que era como un juramento de plenitud. Todavía sin haber leído nada, todo el libro era ya del muchacho. Las hojas acariciadas pasaban rapidísimas, y de pronto, ¡zás!, ¿qué es eso? Algo había saltado, volado, y cayó al suelo. Recogí lo que parecía un cartón, quizá una estampa. No, era una fotografía, mejor dicho, un grabado de ella. Lo miré fijamente. Había en él un niño. Recuerdo aquel vestido blanco, que llegaba casi a los tobillos; un vestido con encajes, con volantes caprichos, sus frunces, sus lazadas, sus desvariantes tiras y cintas. Las manos eran pequeñas y los brazos estaban abiertos, con alegría, con esperanza inmediata para algo que el niño había deseado. Encima de lo que entonces llamarían el "canesú" se erguía una carita pequeña pero cierta, acusada pero impaciente. La barbilla era ya ancha, la boca alegre, materia tenían las mejillas, y parecían aspirar a los ojos, que sobre ellas se abrían y eran la clave de aquella temprana cara sin tregua. Ah, vida duradera. Volví la cartulina. Con letra despaciosa, casi florida, se leían estas palabras: "Rubén Darío, a los seis años." La efigie estaba sacada, sin duda, de una revista. El joven se quedó inmóvil. Veía la mano curiosa que repasaba las hojas de una publicación, de seguro de la Nicaragua natal. Y que había visto el grabado y amorosamente lo había recortado. Un día habría comprado, quizá en Madrid, la primera edición, 1907, de "El canto errante". Posiblemente señaló con el grabado una página preferida. O, simplemente, había puesto el retrato allí, en el seno del libro. ¿Qué fue del antiguo poseedor? El muchacho no le concebía ya vivo. Alguién vendió sus libros y, dentro de uno, el pequeño grabado, anónimo, pues ignorado; silencioso, pues oscuro; entre las hojas aplacadas. Allí, en la calle de la Bolsa, cerca de un volumen de Azorín, un poco más allá que un tomo de Galdós, alguien velaba o dormía. Y era un niño. Seis años. El muchacho miraba la luna pequeña, pero que resplandecía: esa frente muda sobre la gritadora boca; esos ojos que preguntaban. Pensaba el muchacho: Habrán preguntado: "¿Cómo se llama eso?" Y "eso"... era el mundo.

Sí, los bracitos abiertos lo esperaban, entero.

III

y el temor de haber sido y un futuro terror.

R. D.

Muchos años habían pasado. En la rotación de las estaciones y de las edades, aquel muchacho había también atravesado etapas, es decir, gustos. Siempre recuerdo el paso para él de Góngora y su desaparición, la llegada tardía de Quevedo, la irrupción de Lope. Entre los permanentes, desde la primera hora, están gentes tan distintas como San Juan de la Cruz, como Darío, como Gustavo Adolfo Bécquer. Habían pasado muchos años. Rubén estaba muerto desde 1916 y yo lo había leído en el año siguiente. Habían pasado muchos más años. Acumulación de verdades y de su imagen. Bultos reales, sombras que los fingían. Amor y conocimiento, y lentas hojas, lentísimas, que se movían, caían, en un "tempo" distinto, mientras se sucedían las generaciones.

El sobre, llegado en aquel momento, venía de Nicaragua. Dentro estaba un cartón, no, dos cartones yuxtapuestos. ¿Era aquello una imagen? Los años, cayendo sobre el que sostenía el envío en su mano, no habían templado la memoria. Lo acercó a sus ojos. El jardincillo de Velintonia tiene en la primavera avanzada un bello sol de atardecer. Un oro durable —un instante y es inmortal— reposaba sobre las cosas. Allí, el cedro con su verdor sin fatiga y su punta hacia el aire. Su majestad vibra en el dorado final de las tardes calientes. Yo en medio de aquel pardín, alzaba el cartón, la cartulina leve y un rayo de aquella luz salvadora caía sobre la representación que allí se desarrollaba, no, que allí estaba quieta, inmóvil, en su horror silencioso.

¿Quién me había hecho el envío? Alguien que me quería bien, en su ofrenda mortuoria. Polvo serán, mas polvo enamorado. Aquello no era polvo, sino su formulación previa. Un moribundo en su lecho de muerte. ¿Qué es lo que descansaba sobre aquella penumbra que fuera una almohada? Un cuerpo o plomo, quizá una sombra o pluma, pero un evidente final irrefragable. Lo primero que se veía era el cabello, todavía existente, vívido, revuelto como un esfuerzo crispado. Después, una frente por donde se presen-

tía el sudor lustral de la hora última. Pero no era esto lo principal. La frente estaba agrandada, y su luna, muerta; enorme piedra sideral para un espacio vacío. Pero no era esto lo principal. Debajo de aquella frente, ¿qué había? Los ojos, la nariz, la boca, la barba... No; la boca estaba abierta, muy abierta, con estertor que aspira a todo el aire porque no embebe ninguno. La nariz antaño ancha, toda para los sentidos, se había afinado, casi marfilina, suavizada, no, estrujada, por unos toques apuradores. Y encima los ojos —ah, todavía, qué sombrías pestañas— estaban entreabiertos. Ya no miraban, de tan apartados, de tan indiferentes, de tan de regreso de toda humana tristeza. Eran los ojos rehusadores, del último conocimiento. Una barba de muchos días, barba que parecía crecida después de la muerte, rodeaba aquel rostro hecho en luz verdosa, fosforescente, como un resplandor fatuo en que se sobreviviese. Pero aún vivía. Aquella cabeza reposaba toda ella en una mano sin carne, más que fina, puesta sobre la almohada y reparadora del peso final de aquel rostro sin semejanza. La otra mano, con el cuerpo vuelto, estaba delante, extinta y presente, como un escudo final de la imagen quedada. La cabeza era lo último visible, pues el cuerpo se desvanecía, casi existente sólo en los paños que lo recordaban. Un cobertor se ceñía a aquel leve montón silencioso.

Al fondo, detrás del cuerpo había una pared blanca, rasa. Rubén semejaba vuelto de espaldas a algo. Parecía que se hubiera movido, en un esfuerzo supremo, con un rehusamiento final. Para morir, en el seno mismo de su propia destrucción. Sumido ya, detrás de aquel horror sensible, en los espantos incommunicables.

La tarde había caído y en el jardín el verdor apagado del cedro estaba mudo. Ni un pájaro sonaba en el aire acabado. Me incorporé y con el papel fuertemente apretado contra el pecho, penetré con prisa en el vestíbulo de la habitación.

VICENTE ALEIXANDRE.